

A fines de 1963 el entonces Obispo Auxiliar de Córdoba, Mons. Enrique Angelelli, a cargo de la Arquidiócesis, hizo pública esta exhortación pastoral ante la difícil situación social que vivía nuestro pueblo, realizando a la vez una amplia convocatoria a la solidaridad.

Por la actualidad de su diagnóstico y por la vigencia de su mensaje publicamos íntegro este profético documento que hoy como ayer exige un compromiso de solidaridad.

FRENTE A LA SITUACION ACTUAL IMPERANTE

La crisis estructural de la economía nacional y sus consecuentes problemas sociales han rebasado los cálculos y las previsiones de toda actitud razonable. Centenares de miles de hogares obreros, de clase media e incluso de sectores profesionales, registran en sus presupuestos los continuos y bruscos ataques del desequilibrio económico actual.

Pero hay algunos núcleos humanos que han sido los destinatarios permanentes de la crisis de los últimos años.

En nuestra provincia advertimos azorados un porvenir inseguro, efecto de una de esas situaciones graves que se manifiestan bajo las formas inhumanas de la desocupación, carestía de vida, bajos salarios, escaso rendimiento del poder adquisitivo, alto déficit de la vivienda, hospitales abarrotados, niños enfermos y desnutridos, carencia de una asistencia médica social vigorosa y congruente.

Se suma a esta situación desalentadora el cierre de plantas industriales, suspensiones masivas de personal, retracción en los sectores de la producción, desniveles marcados entre producción y consumo, y una paralización virtual del aparato financiero económico, ya sea estatal o privado, que hace difícil un cambio o una salida del estancamiento en que nos encontramos.

Esto configura algo más que una crisis, es la conculcación, la negación misma de los derechos humanos y cristianos de la persona que se debate en una impotente y estéril lucha social que, a la par que contradice nuestra forma de vida, está engendrando el caldo de cultivo para aventuras imprevisibles en las cuales seguramente el odio, la mezquindad y el egoísmo sustituirán a la Caridad, la Paz y la Justicia, con las graves consecuencias que son de temer.

LA NAVE DE LA JUSTICIA ESTA EN PELIGRO

CONVOCATORIA A

Como Obispo, a cargo del Gobierno de la Arquidiócesis de Córdoba, e interpretando los sentimientos del Excmo. Sr. Arzobispo, ausente en estos momentos de esta sede por las tareas Conciliares, me siento urgido y obligado, por mi misión pastoral, a exhortar y alertar a los fieles cristianos y como argentino, me permito dirigir también idéntico reclamo a todos mis conciudadanos, aún cuando no participen de nuestra fe religiosa. La nave de la justicia y el orden social están en peligro.

La muchedumbre de los desocupados y de gente que en estos momentos tiene hambre y que no posee techo propio, ni futuro, lógicamente pierde su fe, su afición al trabajo, su pasión por la libertad y su confianza en la vida.

¿Puede alguien permanecer indiferente ante esta angustiada realidad? ¿Podemos, sin caer en la complicidad, seguir callando? La responsabilidad y el deber no condicen, en esta hora, con actitudes tímidas de falsa prudencia y mucho menos con cualquier suerte de cobardía. Son de tremenda actualidad las palabras del Apóstol Santiago en su Epístola (c. II ver. 15) cuando dice: "Caso que un hermano, o una hermana, estén desnudos, y necesitados del alimento diario, de qué les servirá que alguno de vosotros les diga "id en paz, calentaos, y comed a satisfacción" si no les dais lo necesario para el cuerpo? Así la fe, si no va acompañada de obras, está muerta en sí misma".

Recuerdo a los católicos de Córdoba, y a los que no lo son, esta admonición bíblica, porque en la palabra de Dios, la condenación de Dios a una sociedad que ha abandonado su destino divino para sumergirse en el materialismo sensual, fruto de la avaricia y soberbia de la vida que os ha conducido a una insensibilidad suicida.

¿Por qué todo esto? Porque la vida inficionada de un espíritu preponderantemente utilitarista, ha convertido a los hombres en individuos aislados y antagonistas, carentes de sentido comunitario.

Debemos llamar especialmente la atención sobre la ilicitud de las ganancias usurarias fruto de este espíritu, que han practicado en estos últimos años muchas de las llamadas empresas financiadoras. Este proceso ha encarecido enormemente el valor del dinero, haciendo perder la función social y natural del

LA SOLIDARIDAD

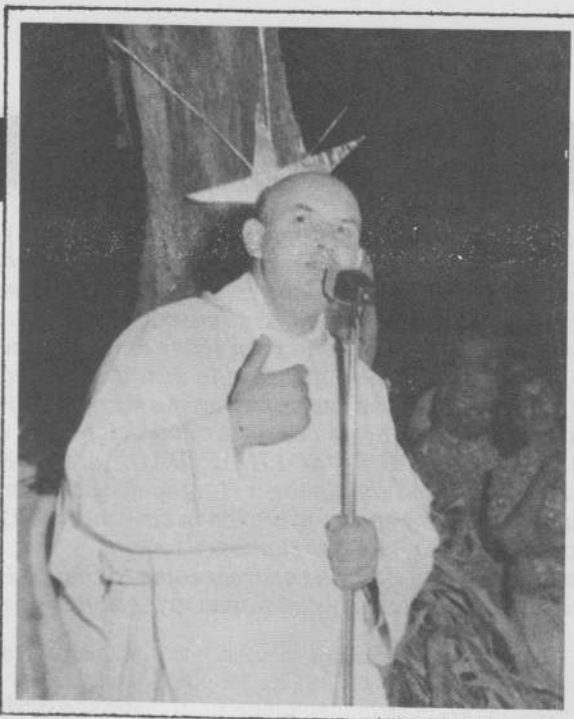
ahorro, lo que a su vez ha incidido directamente sobre el incremento desmesurado de los costos de la producción y de los precios de venta al consumidor. Todo lo cual, finalmente, ha desembocado en la inflación que padecemos y, particularmente el sector obrero y ponderables núcleos de la clase media, que han visto disminuir vertiginosamente el poder adquisitivo de sus ya magros ingresos.

Tal estado de cosas duele a la Iglesia, como Madre, que siente en carne propia, el dolor de sus hijos y quiere por mi intermedio hacer conscientes de este dolor a todos los miembros de esta sociedad, proclamando la necesidad imperiosa que hace de la comunión de los hombres para formar una comunidad más fraterna, más equilibrada, que vive solidariamente esta hora difícil, pero no imposible de superar, de la cual nadie está exento de culpa.

LA SITUACION RECLAMA UN CAMBIO

La situación actual en lo económico, reclama un cambio o una modificación: se debe declarar de inmediato la guerra al hambre, a la miseria, a la falta de techo; se deben destinar los bienes superfluos para aliviar las necesidades de los indigentes con urgencia; debe ser completado con una solución de fondo, elaborándose un orden económico y jurídico que, respetando la dignidad humana y los derechos fundamentales de la persona, permita la realización del bien común y sirva para lograr la perfección del hombre, en la realización de todos sus valores, principalmente los específicamente humanos: inteligencia, voluntad, libre determinación, trabajo, sensibilidad artística, vida moral y religiosa.

En consecuencia, llamo a todos, sin distinción de militancia política, nivel social, fe religiosa, a que nos empeñemos en la búsqueda de los medios adecuados para que todos tengan pan, trabajo, techo y salud; igual llamado dirijo a los comerciantes, a los profesionales, a los trabajadores, para que cada acto de su vida sea una manifestación de servicio, de solidaridad y comprensión al prójimo, y de igual manera esperamos idéntica actitud de las instituciones culturales, sociales, gremiales, deportivas, centros vecinales, para que todos contribuyan con su aporte a esta magna cruzada.



CONFIANZA EN LA GESTION GUBERNATIVA

Finalmente hago pública mi confianza en la gestión del gobierno a fin de que la respuesta que se dé a los problemas que nos afligen encuentren pronta y eficaz solución en el ámbito de las propias responsabilidades.

Me permito indicar una actitud que juzgo oportuna y necesaria: la estabilidad de los empleados públicos, como punto de partida para obtener la ansiada paz y tranquilidad social.

Por último y de manera muy especial este llamado va dirigido a las instituciones, asociaciones y Movimientos Católicos para que la promoción de la justicia social en la caridad sea el gran distintivo, dentro de sus objetivos específicos.

La consideración y la meditación del Misterio Cristiano, en las próximas Fiestas Navideñas, nos deben hacer tomar conciencia clara y distinta de las exigencias que suponen el ser cristianos en la hora actual.

Por tanto, nuestro laicado militante debe estar en la vanguardia de esta cruzada de caridad y servicio a los hermanos y compatriotas que sufren en el alma y en el cuerpo.

El servicio al hermano que sufre constituirá la mejor celebración del Cristo que asume toda nuestra realidad humana excepto el pecado. Con el Cristo viviente en la comunidad invito a todos a vivir en la esperanza y en la alegría, fruto de la Paz proclamada en Belén a todos los hombres de buena voluntad.

Firmado: Enrique A. Angelelli
Obispo Auxiliar y Vicario General a cargo del
Gobierno de la Arquidiócesis
(Boletín Eclesiástico de Córdoba, XI-XII-
1963, págs. 124-26)